

Por [Maritza Vega Ortiz](#)

Con el ligero equipaje, baja del auto y enrumba unos cien pasos hasta dar con la taberna de Paco, hoy paladar de comida italiana. Se sienta en el banco de madera del portal, iluminado por

una luz mortecina, y aguarda hasta que le invitan a pasar; pero esta vez no lo hace el regordete Paco, quien, con la cara sudada y limpiándose las manos en el delantal, mostraba la carta y su sonrisa bonachona.

Esta vez lo recibe una mujer que cerca de la treintena y uniformada, llega con el menú en la mano y adornos navideños en el cabello. De la bocina surge, "Tus luces sobre mí", en la voz del ya no tan joven Descemer Bueno. Se detiene, sin mover siquiera un músculo, el tiempo suficiente para inhalar el perfume suave que invade la sala, alarga una de las banquetas del bar y pide un trago de whisky al cantinero que, volteándose, señala la variedad, y el hombre elige Jameson. La primera copa, la segunda, mientras la bebida invade su garganta, calienta el esófago, el estómago y la frialdad del alma. Su vista no deja de contemplar a distancia el cuerpo ágil de pasos inconfesos y sus sentidos se adueñan de la reciente mañana en que la tuvo a su antojo entre sorbos de whiskys. Mas debe regresar a ella pues los deseos no le permiten proseguir el camino dictado por ese destino que lo aleja. Esta vez la sabe ofreciéndose apetitosa en cada paso, por ello ha regresado al lugar del sostén económico de la mujer, para verla atender una mesa y dos, al mismo tiempo. Se sabe adicto del ir y venir de aquellos altos tacones, la falda corta y la sonrisa dispuesta en sus labios. Sí, aquella sonrisa cruelmente pintoreteada no era la misma de la mañana, en que toda la pureza del mundo brotaba de su carmesí natural para entregarse a su sonrisa de Tigre, sonrisa que podía batirse con todos los desgobiernos. Bandeja plateada en manos, las vistas se acarician. Al salir Descemer, entra un Sabina con esa voz desgarrada reproduciéndose en la duda de ambos y sin la respuesta necesaria de quién coño les ha robado el mes de abril y noviembre y marzo con todas las tardes, noches y mañanas de ayer cuando aún no existían. Esta vez su deseo va rumbo al escote como niño hambriento e inclina la cabeza y consulta su prisa de ir a ningún lugar deseado.

Ahora podía tenerla frente a sí, anhelante y deseosa, lista a mostrarse a su imagen y semejanza, sin límites ni barreras (solo mujer). Tras un tiempo incalculable observa su reloj pulsera, pero esta vez su horizonte trasciende lo imaginable y la eterna lucha contra el Crono lo expulsa de golpe tan lejos que irremediamente busca el olor femenino impregnado en su piel y camisa, asegurándose de no haber estado distante mucho tiempo. Busca en sus labios el sabor de esa boca fresca, de las manos que le hicieron preferir la piel suave y tibia. Quiso beber toda la vida de una boca a la otra, confundir las copas, brindar por la salud, el éxito, y por los dos; quiso embeberse con el aroma Alicia. Quiso llevarla con él como el trofeo definitivo, arrebatársela del mundo al que pertenecía. Abre el baúl de los recuerdos y la ve emerger de aquel campamento escolar, de la fotografía de la boda de la mujer, colgada de una pared en casa de su abuela, de los momentos compartidos, de las visitas... de sus más recientes pensamientos cuando leía las cartas y encontraba mensajes entre líneas.

De la muchacha tímida quedaba todo, más las luces sobre él le demostraban un mundo silenciado. Quizás en alguna ocasión, pese a todo, pudo adivinar, tras los oscuros ojos, algún atisbo de pasión no expuesta, a pesar del tul del velo y del vaporoso traje de nupcias, su mirada desafiaba el curso de la propia vida. De aquella que en más de una ocasión le arrastrara hacia la pared de la sala de la abuela y se le antojara concebirla sobre la cabeza más que un velo de tul, una mitra que le demostrara su dignidad pontificia.

Desde su migración han transcurrido algunos años en los que dejó de verla, y en su último viaje a renacido la atracción que se empeñara con más arrojo para encontrar una profesional, defraudada de una relación melosa y rutinaria. Convergen los sentimientos y se lanzan río abajo sin medida, se emborrachan sin sensatez y sin la menor promesa de futuro. Sale del bar, conduce el auto rumbo al aeropuerto; sin embargo, no parece tener dirección. Luego de reclinarsse en el asiento del avión abre la laptop y cierra los ojos para entregarse en el video de esa mañana.

En tierra firme reconoce la que en unos años se ha convertido en su nueva ciudad. Pese al ambiente navideño, pese a todo, su ciudad se le antoja enorme y desolada y es solo alguien más que se somete a los destinos (quizás impuestos, quizás elegidos, quizás necesarios). Los semáforos y las luces le indican que la vida citadina absorbe el tiempo y que se alejan poco a poco los sentimientos y se evaporan los sabores que desea retener: la lejanía es olvido, se dice, y comprueba que en un tiempo quizás infinito volverán a contemplar juntos la luna. Suspira y siente el sabor eterno de los labios menores y el olor del fluido más recóndito de la mujer del paladar en las horas libres del quirófano.

El gabinete lo aguarda, los clientes le sustraen el mayor tiempo, mientras ella en el quirófano, tal vez vea su imagen en cada paciente y en el tórax de algún hombre encuentre el pecho que a toda costa desee (igualmente) retener.